ABC 27 junio 1945

HOGAR, DULCE HOGAR...

En un interesante artículo sobre Salgari, cuenta Ettore Zuani que, mientras trabajaba el famoso novelista, los hijos refrenaban el natural alborozo de sus juegos, diciéndose: "¡Cuidado! Papá está con los marajás."

Ya se sabía lo que aquello significaba. El padre, en su mundo de corsarios nobles, de aventureros y princesas, urdía capítulo tras capítulo, colgaba traidores de las vergas, en unos; ahitaba las sentinas de piedras preciosas, en otros; inventaba luchas de animales fabulosos, en los más, y surcaba, sin salir de su despacho, con los galeones de su fantasía, las aguas de todos los mares. Los hijos sabían que aquella era la manera de trabajar de su padre y se conjuraban voluntaria y espontáneamente a su respeto. De aquellas horas de soledad sobre su mesa, salían los libros que mil generaciones de estudiantes devoraban a hurtadillas en los pupitres escolares y con las que Salgari y sus gentes resolvían—*aurea mediocritas*—sus problemas cotidianos en su rincón de Sicilia.

Todos los padres del mundo—al menos "los que viven por sus manos"—precisan muchas horas cada jornada, recluirse en el hogar, encerrarse con los marajás que la vida les ha deparado y sustraerse al mundo inmediato que les circunda para poder ofrecer resueltas a sus deudos las necesidades del día. Pero yo entiendo que es una de las más conmovedoras estampas hogareñas la que refleja esa suspensión del doméstico trajinar y del infantil bullicio en aras de la superior tarea del jefe de la familia. No importa que ésta sea ininteligible o defectuosamente comprendida. Da lo mismo su índole. Tan respetable en su función el sabio y el novelista, el ingeniero, el médico o el pedicuro, ~~como aquel catador de vinos, jerezano, que las tardes de mucho trabajo llegaba borracho a su hogar y era compadecido como una víctima de su deber por el coro amantísimo de su mujer y de sus ancianos suegros.~~ Entre las muchas cosas sagradas que guarda ese recinto donde todo empieza y acaba, pocas lo son tanto como la mesa del padre, sobrecargada de papeles, en la que la lámpara encendida proyecta un halo de luz que sumerge su noble cabeza pensativa. No hace falta que trascienda a los hijos cuanto tiene de penoso y de amargo su esfuerzo. Si algún privilegio corresponde a esa paradisíaca zona de la vida que se llama la infancia, sea el de no saber cómo es de costoso el diario acuñar del abrigo y del pan, al que atienden próvidamente con su desvelo y su solicitud y su entrega, nuestros mayores.

Pero constituye una íntima delicia el darse cuenta de que mientras los números, las rimas, los artículos de los códigos o el dibujo de los puentes abstraen en provecho del clan entero la imaginación, según su oficio, del obligado a vigilar por él, una brisa de respeto aminora el diapasón de las conversaciones, mengua fantasmalmente los pasos, y tiende por doquiera una conmovida niebla de silencio: ha de ser un placer inmenso trabajar, envuelto en ella, mientras los hijos, mutuamente constreñidos al sigilo, como una síntesis de su admiración, de su gratitud y de su ternura, se dicen: "¡Cuidado! Papá está con los marajás."

JOAQUÍN CALVO-SOTELO

ABC 29 julio 1945

30

BALANCE

En esta hora de insomnio mi alma ha hecho balance. El insomnio la dota de un poder de síntesis enorme. Cada uno de sus minutos basta para juzgar la vida entera y para extraer de su entero transcurso el saldo a favor o en contra, positivo o negativo que determina. Todo en torno mío es silencio y sombras, pero el mundo circundante late, aunque de modo tenue y pianísimo, a mi alrededor. Es la hora de las pisadas en la habitación del vecino enfermo, del lejano silbato de los trenes, de la carcoma... Entre tanto—los ojos cerrados—, la conciencia, que no necesita de su luz, despierta, pasa revista a mis acciones malas o buenas, me reprocha los desfallecimientos y las debilidades, los antiguos pecados que el sueño me ~~hubiera~~ olvidar, las graves torpezas que desviaron la dicha y la ventura de mi corazón, y me amonesta para el futuro con tan vigilante y personal acento, que llega a producirme el efecto de que alguien, fundido a mí, pero distinto, me está hablando como un amigo, a la vez riguroso y entrañable.

Para saber si hemos logrado la paz o no, hay que someterse a ese espectral análisis de los insomnios. Porque la conciencia, en las horas diurnas, transige, o se deja vencer, o simula una conformidad superficial, o, lo que es más frecuente, renuncia a ser oída en el tráfago y la estridencia de otras voces más halagadoras que la suya. Pero cuando las demás enmudecen, dueña ya de la plaza, hace valer sus fueros. Inermes, ante su fiscalía, anonadados por sus requisitorias tremendas, buscamos de nuevo guarecernos en el sueño, no tanto porque nos haga falta física como porque, a su cobijo, quedamos libres de sus angustiosos y lacerantes apremios.

No hay Tribunal terrestre que hile tan delgado, ni que pronuncie fallos más temibles, ni que tanto sepa. Saber, lo sabe todo: la profundidad de aquel odio, la implacabilidad de aquel rencor nunca mitigado, la doblez de aquel mentido afecto, la veta de lucro en la pasión que parecía limpia, y cómo el egoísmo, roncón del alma humana, matiza, atenúa, resta empuje y gallardía a nuestros impulsos generosos. Tal es su sutileza, tal su penetración, tanta fuerza tiene, que se nos antoja que, cuando la arcilla mortal en que se abriga fine, aun sobrevivirá su voz implacable, esa voz misteriosa que acaso es distinta para cada uno de nosotros, o acaso es una sola, gigantesca, que insufla en el espíritu de todos su trascendental palabra de censura o de recompensa.

La hora buena de morir es aquella que siga a la del insomnio en paz, un insomnio en el que hayamos podido sonreír venturosamente. Al concluir otros torturados y amargos, entre los primeros vagidos de la luz, el sueño ha venido a prestarnos su consolación impagable. Nos ha liberado de su atenazante interrogatorio, y, como en el carro de Elías, nos ha transportado a otra región más en calma.

Pero cuando la conciencia nada ha tenido de qué acusarnos y ha aprobado la antigua y cotidiana tarea, la hora es buena para cerrar definitivamente el libro de nuestras obras y para presentarlo, con humilde serenidad, al Supremo y definitivo Sellado.

28-7-45 JOAQUÍN CALVO-SOTELO